

LOS GRAFITOS NAVALES DE SAN ZOILO

Pablo LARRAZ ANDÍA

¿Qué sentido tiene la presencia de barcos dibujados en las paredes de una ermita “de secano”? ¿Quién fue su autor y qué tratan de representar? Es una pregunta que siempre interpela al visitante de esta joya arquitectónica de primera mitad del siglo XIV situada en el término municipal de Cáseda, dentro de la Merindad de Sangüesa.

Lo cierto es que la presencia de grafitos con motivos navales en el interior de la ermita de San Zoilo de Cáseda ha conformado durante lustros un enigma sin resolver. Ocupando buena parte del lienzo de sus muros, aquellos enormes barcos, inscripciones incompletas, símbolos y figuras casi borradas por el tiempo incitan a la curiosidad y a la especulación. A veces, incluso, se ha llegado a dudar de su antigüedad.

A pesar de que su existencia –al menos en parte– es conocida “desde siempre”, nunca habían sido motivo de análisis, ni existía referencia histórica sobre ellos en lo publicado sobre la ermita hasta el momento. Sin embargo, aquellos dibujos esquemáticos y monocromáticos de trazo tosco y grueso, casi infantiles, deslavazados en tamaños y disposición, conforman un conjunto sorprendente que esconde tras de sí una historia que –al menos en parte– parece por fin desentrañada.

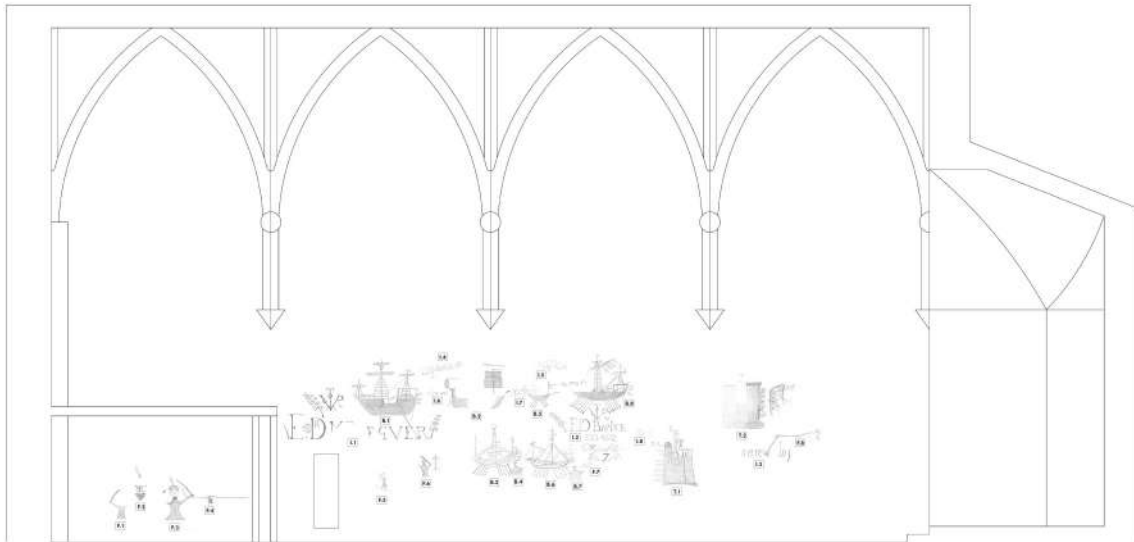


Panorámica de los grafitos del muro norte

Tras varios años de meticuloso análisis y estudio, centímetro a centímetro de pared, tratando de localizar e identificar cada uno de los grafitos, y de una laboriosa investigación archivística, hoy conocemos el origen, la historia que representan e, incluso, quién fue su autor. Además, gracias al empeño de la Asociación de Amigos de San Zoilo y la colaboración del Ayuntamiento de Cáseda, a lo largo de estos dos últimos años se ha procedido a su limpieza y consolidación –efectuado por la empresa Sagarte, especializada en conservación artística–, así como a la reparación de las filtraciones provenientes del tejado de la ermita para asegurar una correcta preservación. Por todo ello, hoy podemos ya apreciar este singular hallazgo en toda su extensión, e intuir parte de su esplendor original.

El conjunto de grafitos, que ocupa buena parte de la superficie de los muros norte y sur de la nave del templo, constituye una amalgama de embarcaciones, inscripciones en diferentes tamaños, así como varias construcciones terrestres defensivas y numerosas representaciones humanas. En un análisis preliminar, destaca por tamaño e importancia la presencia de trece naves de vela, algunas de grandes dimensiones: tres galeras, embarcaciones de remo y vela latina usadas como buques de guerra en el mediterráneo hasta el siglo XVIII; cuatro galeones, naves de tres palos con velas cuadradas y latinas, empleada para el comercio y la guerra hasta la segunda mitad del siglo XVII; dos galeotas –galeras de menor tamaño–; y tres esquifes, embarcaciones menores auxiliares para el transporte en puerto de personas y provisiones. Muchos de ellos aparecen artillados, en incluso con sus cañones disparando proyectiles esféricos.

En diferentes lugares de ambos muros, se distingue también la presencia de cinco torres costeras o fortificaciones terrestres de



Alzado de los grafitos del muro norte

diversos tamaños, todas ellas terminadas en almenas triangulares y con algunas figuras humanas en su interior. También identificamos dos bastidas o torres de asalto encaramadas hacia ellas.

Además, se pueden reconocer una veintena de figuras humanas de diversos tamaños, algunas armadas con espadas curvas y escudos, y en otras portando banderolas, cruces y espadas rectas. Entre ellas, destacan dos de gran tamaño situados bajo el coro, de factura más elaborada y con prendas de cabeza claramente reconocibles.

Así mismo se aprecian numerosas inscripciones, entre las que destacan dos nombres letra capital cuadrada de gran tamaño, coronadas por el "V́ctor" (símbolo de la victoria) y orladas entre palmas de laureles. También sobresalen dos textos latinos de grandes caracteres en grafía procesal, situados en altura sobre algunas embarcaciones.

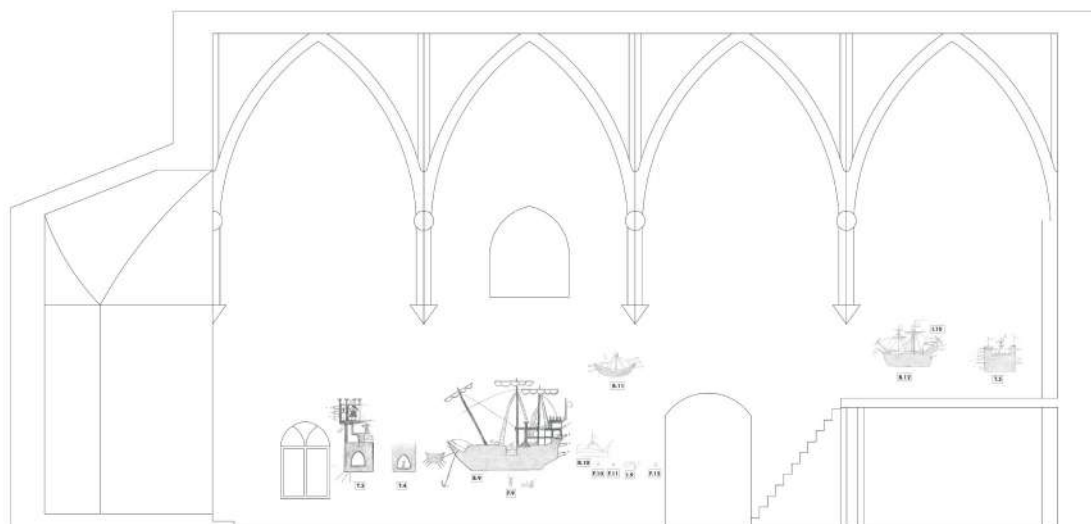
Una vez identificados y registrados cada uno de los dibujos, se procedió a un exhaustivo análisis de los mismos junto al experto en galeras Pedro Fondevila, capitán de navío y miembro de la Cátedra Naval de la Universidad de Murcia, con gran experiencia en el estudio de otros grafitos navales aparecidos en diversos lugares de la geografía española. Su opinión fue concluyente a la hora de certificar in situ la autenticidad del conjunto, valorar su importancia y establecer unas primeras conclusiones, que se exponen a continuación.

La totalidad de los grafitos y de las inscripciones, por su disposición, trazo y técnica, habrían sido elaborados de forma coetánea por un mismo autor. Consisten en representaciones monocromas realizadas muy probablemente con negro de humo (aceite con carbonilla de madera), si bien no se puede descartar el empleo durante su elaboración de otros pigmentos ya desaparecidos.

Del mismo modo, no se trata de una "improvisación", sino que habría sido realizado con intención de perdurar en el tiempo, dibujado muchas veces en altura, indudablemente con la ayuda de escaleras o andamios. Trata sin duda de relatar o rememorar un episodio bélico: en la mayor parte de los casos las naves y fortificaciones se representan con cañones disparando proyectiles, y aparecen figuras humanas blandiendo armas.

Por el tipo de embarcaciones representadas –galeras, galeotas y galeones– y algunos detalles estructurales de los mismos, se puede establecer una cronología bastante aproximada del conjunto: se trataría de embarcaciones propias de la primera mitad del siglo XVI. También el tipo de grafía empleada en las inscripciones es coetáneo a este periodo.

Por la elaboración de los dibujos navales, sabemos que el autor conocía los barcos y los tipos de embarcaciones de la época, pero no estaba versado en la navegación. Dibuja de memoria, y en varias de las naves existen errores importantes en estructuras y



Alzado de los grafitos del muro sur

aparejos. Ello nos lleva a pensar que viajó en ellos, pero no como marinero, sino en condición de pasajero de los mismos.

Para la elaboración del conjunto, el autor contó con toda seguridad con el permiso de la autoridad eclesiástica local para actuar en el templo y realizar los dibujos en su interior. Empleó tiempo, y contó con estructuras para trabajar en altura. En algunos, como en ciertas inscripciones, utilizó líneas de guía y elementos de medida para darles proporción. En otros casos, los trazos parecen más espontáneos e, incluso, improvisados.

Sobre el autor podemos deducir que se trataba de una persona culta, posiblemente con formación eclesiástica, que conocía bien el latín y escribía con soltura y corrección con la grafía de la época. En el muro norte, junto a una de las galeras, el autor había estampado en grandes caracteres su firma: «*Lubian me Fecit*» (en latín, “*Lubián me hizo*”).

De mayor tamaño y en letra capital, destacan dos nombres orlados entre laureles, bajo sendos “*Víctores*”, y precedidos por el acrónimo latino ERD (Ex Reditur), que vendría a significar “en honor de” o “en recuerdo de”. Parecen corresponder a dos combatientes “caídos” en una batalla victoriosa, a cuya memoria se rinde homenaje. Del primero sólo se identifican algunas letras, mientras que en el segundo se puede leer claramente “*Baptista Velasco*”.

En otra inscripción en altura, orlando una gran galera con el velamen desplegado, aparece escrito en grandes caracteres su nombre: “*Capitana de Nápoles*”, lo que indicaba que se trata de la representación de la nave principal de la escuadra española de Nápoles (La escuadra española de Galeas de Nápoles se creó en 1535 durante el reinado de Carlos V y desapareció en 1708). Así mismo, en la popa de una galeota se distingue parte de una bandera, cuyos trazos parecen corresponder a las Aspas de Borgoña, que fue empleada oficialmente como símbolo de España en las enseñas de sus ejércitos, tanto de tierra como de mar, desde 1525 hasta 1785.

Si bien lo más llamativo del conjunto es la presencia de numerosos barcos de guerra, muchos de ellos disparando piezas de artillería, no se trata de la representación de un combate naval –no hay barcos combatiendo entre sí–, sino de una operación terrestre en la que intervinieron fuerzas navales. Es determinante en este sentido la presencia de torres o fortificaciones de tierra, además de bastidas o torres de asalto.

Destacan, atendiendo a las proporciones, los cañones sobre dimensionados y situados en muchos casos de forma irreal en las embarcaciones y fortificaciones, con la intencionalidad –muy propia de las representaciones de la época– de indicar la fuerza y poderío militar del ejército representado.

Es también clara la presencia de combatientes turcos y berberiscos en varias representaciones: armas curvas –alfanjes–, turbantes con plumas, gorros jenizaros y hasta rasgos musulmanes resaltados en los rostros dibujados bajo el coro.

El contenido del conjunto es eminentemente bélico, pero contiene abundante simbología religiosa. Todo indica que se trata de la representación de una acción militar de la guerra santa contra el «infiel» durante el siglo XVI, y es por ello precisamente, por ese sentido de «triumfo de la Cristiandad» de los hechos narrados, por lo que se permitió y seguramente facilitó la elaboración del conjunto en el interior de un templo religioso.



Galera sobre un Víctor en muro norte

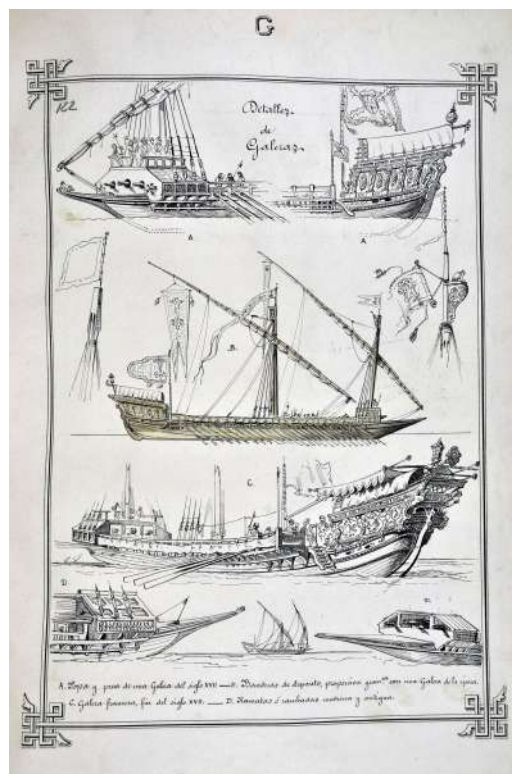
Por otra parte, la presencia de un gran número de naves diversas, y el combate de éstas contra las torres costeras con almenas triangulares –características en las construcciones defensivas árabes- orientan sobre la representación de una operación naval a gran escala con objeto de conquistar una plaza fuerte costera, en la que, por otra parte, tuvo que participar la escuadra española de galeras de Nápoles.

Son numerosas las acciones militares sobre plazas costeras del norte de África en poder turco en las que intervino la armada del imperio español a lo largo del siglo XVI. En todo ese periodo el Mediterráneo occidental se encontraba bajo la inminente amenaza de la expansión del Imperio Turco, que comprometía la seguridad de numerosas ciudades costeras y el comercio entre Europa y el norte de África. En 1534, el almirante otomano Barbarroja se había apoderado del puerto y la ciudad fortificada de Túnez, haciendo más comprometida la situación de la Europa cristiana.

En el invierno de 1534, Carlos I de España comenzó a preparar una gran operación

marítima para recuperar la ciudad, en la que participarían, además de hombres y barcos de todo el Imperio español –que abarcaba entonces también Alemania y buena parte de Italia– otros aliados como el Reino de Portugal, los Estados Pontificios y la República de Génova.

El grueso de esta expedición –con Carlos I a la cabeza– zarpó de Barcelona el 30 de mayo de 1535. Un enorme contingente, compuesto por 74 galeras –la recién creada escuadra de Nápoles, entre ellas–, más de 300 naves de vela, y cerca de 25.000 infantes y 2.000 jinetes, desembarcó en Túnez a mediados de junio, poniendo sitio a la fortaleza de La Goleta, clave para el control del puerto de la ciudad, que sucumbió el 14 de julio de 1535 tras casi un mes de asedio y resistencia. De ahí, el ejército se dirigió a Túnez que, tras duros combates bajo un calor sofocante, cayó el 21 de julio de 1535, habiéndose sulevado con anterioridad cerca de 5.000 cristianos cautivos en la Alcazaba, que utilizando la artillería de la fortaleza para cooperar con las tropas imperiales asaltantes. Carlos I entró triunfante en la ciudad a la cabeza de los tercios españoles y Barbarroja tuvo que huir, lo que supuso una victoria sin precedentes de los reinos cristianos sobre el turco, sólo comparable la de Lepanto, en 1571.



Estructura de una galera española. Museo Naval de Madrid



Grafito de un galeón sobre inscripción en letras capitales

En los archivos se conservan documentos en los que corrobora la participación de numerosos navarros en la llamada "Jornada de Túnez"; entre ellos destacó el capitán Álvaro de Bazán "el Viejo" -originario del valle del Baztán- que actuó al mando de las galeras españolas. Así mismo, se hace también mención a la participación de varios soldados originarios de Cáseda y de otras varias localidades de su entorno próximo enrolados en los Tercios.

Todo parece apuntar a que el conjunto de grafitos trata de representar los recuerdos de un testigo presencial este extraordinario acontecimiento bélico en algunos de sus episodios: la llegada de la flota y su desembarco, el cañoneo de las galeras sobre La Goleta, el asalto a la fortaleza, e incluso la sublevación de los prisioneros cristianos de La Alcazaba. Sin embargo, queda pendiente una última cuestión: ¿quién fue su autor?

Tras revisar infinidad de legajos sobre "los Lubián" conservados en el Archivo General de Navarra, el Diocesano de Pamplona y el parroquial de Cáseda, todo apunta a Martín de Lubián y Ochoa, vicario de la iglesia de Santa María de Cáseda y de la ermita de San Zoilo a mediados del siglo XVI, como al creador de los grafitos.

Los Lubián, familia con fuerte influencia en la comarca durante más de tres siglos, se establecieron en Cáseda hacia 1467 de la reina Leonor I de Navarra, que nombró a Mossen Miguel de Lubián, alcaide del castillo y fortaleza de Cáseda. De esta estirpe procedía Martín de Lubián que, tras su viaje en la



Galeón español del XVII. Museo Naval

